

Índice

Prólogo por Jordi Arrese	7
Presentación	15
Introducción	17

PRIMERA PARTE

LAS REGLAS DEL JUEGO

01. Empecemos por el principio... de Arquímedes	21
02. Serendipias: los hallazgos accidentales	23
03. El factor suerte	25
04. Las probabilidades	33
05. La mala suerte.....	39
06. Suertudos y gafes	41
07. La causalidad: los hechos imprevisibles e inevitables	45
08. La crisis: ¿error o hecho impredecible?	49
09. Nuestro rival: el miedo.....	51
10. ¿Miedo al éxito?	57
11. Motivación	59

SEGUNDA PARTE

LLAMANDO A LAS COSAS POR SU NOMBRE

01. ¿Qué es fracasar?	63
02. El fracaso de la visión <i>oficial</i> del fracaso.....	65
03. ¿Se aprende del error?	67
04. ¿Es una tragedia fracasar?	71
05. El auténtico fracaso	79
06. La normopatía	83
07. Una visión personal del fracaso.....	85

TERCERA PARTE

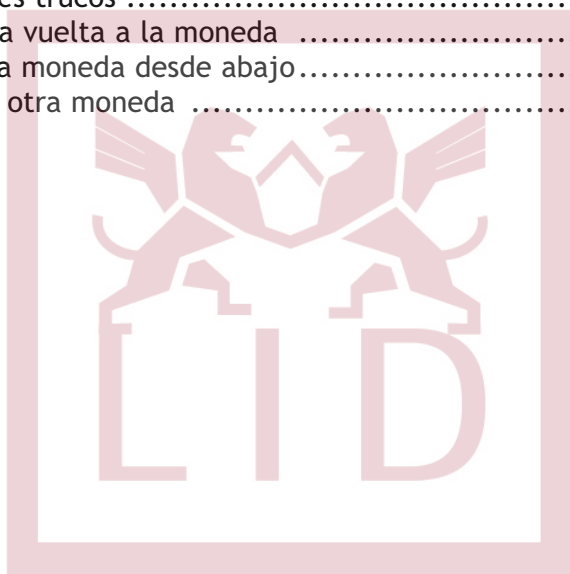
EL JUEGO SUCIO

01. Los tramposos	89
02. Los censuradores	91
03. Los ninguneadores	95
04. La ley de la mayoría	99
05. No somos iguales.....	103
06. Si nunca has fracasado... ¿Qué has estado haciendo? ..	105

CUARTA PARTE

CÓMO CONVERTIR EL FRACASO EN ÉXITO

01. Los tres trucos	111
02. Dale la vuelta a la moneda	113
03. Mira la moneda desde abajo.....	117
04. Lanza otra moneda	143



Prólogo

Soy una persona que tiende a buscar la perfección y siempre he relativizado el fracaso, siempre he procurado quedarme con la parte positiva del problema. Y, si no puedo hacer nada, intento despreocuparme y centrarme en aquello que verdaderamente puedo cambiar o mejorar.

En mi visión de las cosas siempre he creído que lo más importante es esforzarse al máximo, porque, después, salga bien o mal, uno nunca puede reprocharse nada y siempre estará orgulloso de lo realizado.

De mi época de jugador, me quedo primero con la capacidad de sacrificio que tenía; en segundo lugar, con la mentalidad positiva de creer que podía ganar a la mayoría –eso sí, en tierra batida, ya que en pista rápida, y en especial las de la época, que eran mucho más rápidas que las actuales, no disponíamos de infraestructuras para poder practicar, adquirir confianza y creer en ello–.

A los 18 años, finalizado el Curso de Orientación Universitaria (lo que hoy es el segundo curso de Bachillerato), mis padres me dieron la oportunidad y el apoyo económico y moral para intentar ser tenista profesional. Entonces estaba en segunda categoría. De los 14 a los 17 años apenas jugaba dos veces por semana y no tenía el nivel tenístico de otros jugadores de mi edad.

Era un paso importantísimo porque significaba tener a Luis Bruguera de entrenador, junto a Joan Aguilera y Fernando Luna, grandes jugadores a nivel mundial, sin la experiencia de haber jugado nunca en el extranjero, y apenas fuera de

Cataluña. A mi padre le decían que estaba loco por hacer ese dispendio, pero gracias a este grupo y a entrenar muchísimo logre situarme en un buen lugar.

Recuerdo un año, al principio, en Washington, donde conseguí pasar mi primera fase previa en un torneo importante y me tocó jugar en la pista central con mucho público. Mi rival era Pablo Arraya, un tenista que variaba mucho su juego y que no permitía la más mínima relajación. No fui capaz de meter una bola dentro, lo pasé fatal, sobre todo porque venía jugando bien después de haber superado la previa y, aunque Arraya era superior a mí, parecía que se me había olvidado jugar al tenis.

Recuerdo todavía la sensación de querer desaparecer de la pista, una sensación de ridículo enorme. Perdí por 6-0 y 6-1, y encima, el juego que gané, me lo regaló.

Sin embargo aquella derrota fue una de mis mejores victorias. Después de aquel partido, siempre que estaba nervioso, en lugar de jugar con el brazo encogido, en lugar de jugar a no fallar, lo hacía acelerado y buscando el punto, asumiendo riesgos. Esto me llevó a ganar muchos más partidos. Había cambiado mi actitud y empecé a superar el miedo al fracaso.

Recuerdo también el año que volvió Björn Borg al circuito. En el sorteo de Montecarlo nadie quería jugar contra él, ya que reaparecía después de mucho tiempo y me tocó a mí. En ese momento cuando lo supe, empecé a sentirme presionado, pero unas horas después de saber que jugaba contra él, toda esa presión se transformó en algo positivo. Las televisiones de casi todo el mundo retransmitían el partido, eso me daría más publicidad, había más prensa y fotógrafos que nunca, y eso era una gran oportunidad ya que, aunque el famoso fuera él, siempre aparecería mi nombre junto al suyo. La oportunidad de jugar con la pista llena de público acabó transformándose en única y eso me hizo jugar bien. Gané 6-3, 6-2.

Como tenista me consideraba un jugador de buen nivel en tierra batida. Mi mejor baza era lo bien que competía bajo pre-

sión y la peor, probablemente, que me desconcentraba con facilidad cuando esa presión no existía.

Aprendí muchísimo de la primera vez que jugué la Copa Davis. Es un evento muy especial y llevaba mucho tiempo esperando tomar parte. Estuvimos la semana previa entrenando con muchísima intensidad y se notaba la tensión entre los jugadores. El día antes del partido me comunicaron que iba a jugar. ¡Había conseguido eso que tanto deseaba! Pero cuando lo supe, me relajé y no jugué con la tensión que requería el momento. Perdí. Por suerte tuve la oportunidad de decidir la eliminatoria en el último punto y ese fracaso del primer día me llevo a saber jugar el ultimo dando un gran nivel. Eso me sirvió también para ganar en mis dos participaciones en la Copa de las Naciones a jugadores entre los diez mayores del mundo como Boris Becker o Brad Gilbert. Allí también había mucha tensión porque no jugaba para mí sino que representaba a mi país.

Para los Juegos Olímpicos de Barcelona, en 1992, nos anunciaron que seleccionarían a los tres jugadores mejor posicionados en la clasificación de la ATP. Aquí ya no era una persona la que designaba, sino que el criterio venía dado por lo que hubiera conseguido cada uno. Siempre hacíamos una pretemporada de mes y medio a dos meses, pero ésta era una oportunidad única, unos Juegos en casa, en pista de tierra batida y con unas temperaturas elevadas, características ideales y en las que confiaba para poder tener éxito. Hice una pretemporada de cuatro meses, con cuatro horas de entrenamiento físico y cuatro horas y media de entrenamiento de tenis descansando únicamente el domingo. Ha sido la única vez, en toda mi carrera, que he hecho una pretemporada tan larga, con Paco Seirulo, actual preparador físico del F.C. Barcelona, y un autentico fenómeno, y el único año que me preparé a nivel mental con el psicólogo Joan Corominas, ya que la oportunidad valía la pena. Tuve suerte ya que en segunda ronda gané un partido muy difícil a Magnus Gustafson (9-7 en el quinto set) y conseguí ganar la medalla de plata quedándome a un pasito de la de oro. Fue un éxito.

Como entrenador de Copa Davis, junto a Juan Avendaño y Josep Perlas, el éxito fue no tener miedo a perder ya que muchas eliminatorias no elegíamos a los mejor clasificados sino a aquellos que nosotros creíamos que eran los más idóneos o los que pudiesen perjudicar más al contrario. Cuando llamamos a Rafael Nadal con 17 años fuimos valientes porque lo hicimos convencidos de que era lo mejor para ganar, por suerte salió bien. En cualquier caso, era lo correcto y esto era suficiente para que, en el caso de perder, tuviéramos la conciencia tranquila en una época en la que casi siempre jugaba el jugador con mejor *ranking* y no el más idóneo.

Siempre quise ser empresario y aunque algunas de mis inversiones no han sido precisamente un éxito, sigo en los negocios los mismos principios que seguía como jugador de tenis. Y a la larga da resultado. Como muestra, la cadena de restaurantes Frescco, que abrí con mi hermano Víctor y que supimos vender en el momento justo.

En los negocios es primordial acertar con la gente con la que te juntas. En mi caso yo acerté plenamente con mi hermano. Después de lo de Frescco, emprendimos un nuevo negocio de restauración pero cuatro meses después lo cerramos porque no iba bien. Fuimos valientes al cerrar tan pronto, pero de no haberlo hecho el fracaso hubiera sido enorme. En lugar de ese negocio, que no funcionaba, montamos otro, Marisco. Éste sí marcha bien, hemos abierto un segundo local y ya veremos donde llegamos.

Mi manera de ver la vida es pensar siempre que lo próximo que haré será mejor y saber aprender de la experiencia para no tropezar en la misma piedra o por lo menos de la misma manera. Creo que en la vida uno aprende muchísimo tanto de los éxitos como de los fracasos, pero lo importante es saber sacar lo positivo de estos últimos.

Creo que la mejor manera de evitar el fracaso es no teniendo miedo a fracasar pero sobretodo no dejar de luchar por lo que

uno cree. Sólo los valientes fracasan porque se atreven a hacer cosas que otros menos osados nunca harían.

El fracaso te brinda una nueva oportunidad para aprender y volverlo a intentar. Si con el primer fracaso te das por vencido nunca podrás disfrutar del éxito. Esa es mi mentalidad: mirar hacia adelante, ser positivo.

Jordi Arrese **Ex-tenista y empresario**

Jordi Arrese, nacido en Barcelona en 1964, fue un tenista ejemplar. Conquistó seis títulos individuales de la ATP (llegando a otras tantas finales) y cuatro más en la modalidad de dobles. En las pistas, su logro más sonado fue la medalla de plata en los XXV Juegos Olímpicos en 1992, en una épica final ante Marc Rosset (7-6 (7-2), 6-4, 3-6, 4-6, 8-6). Tras colgar la raqueta, protagonizó un nuevo hito al ganar en 2004 la Copa Davis capitaneando al equipo español ante Estados Unidos.

Jordi Arrese nunca se ha desvinculado del mundo del tenis y probablemente nunca lo hará del todo. Ha sido director técnico de las Federaciones Catalana y Española, comenta partidos para la cadena Eurosport e incluso participa en el circuito senior cuando sus negocios, su mujer y sus dos hijos se lo permiten.

El éxito y el fracaso están indisolublemente unidos.
Al igual que la cara y la cruz, se encubren mutuamente, pero, a la vez, el uno delata al otro.
Como a la cara y a la cruz, al éxito y al fracaso solo les separa el imperceptible canto de una moneda.

El autor



Presentación

Este libro se estructura en cuatro partes. La primera lleva por título «**Las reglas del juego**» y en ella se habla de la suerte, de las probabilidades, de la superstición, de la casualidad..., de todo lo que forma parte del juego de la vida. ¿Piensas que tener suerte es deseable? A lo mejor te llevas una sorpresa.

En la segunda parte, titulada «**Llamando a las cosas por su nombre**», se expone la teoría *oficial* sobre el fracaso y se ponen de manifiesto una por una todas sus carencias. Verás, por ejemplo, que de los errores no se aprende nada y que de quien se aprende es del fracaso.

La tercera parte, titulada «**El juego sucio**», se centra en la zona oscura del juego (los tramposos, los jugadores sin escrúpulos...). El gran enemigo no es el fracaso sino los demás.

En la cuarta y última parte, «**Cómo convertir el fracaso en éxito**», se explica cómo invertir una situación negativa, cómo beneficiarse del fracaso sufrido y cómo conducirse por la vida para tener éxito. El lector descubrirá los seis beneficios del fracaso y aprenderá que para tener éxito cada hombre tiene que encontrar su fracaso admisible.

Introducción

Ernesto no iba a ningún sitio sin su moneda. La llevaba allí donde fuera y se pasaba la vida lanzándola al aire.

Su sueño era que la moneda siempre cayera del lado de la cara. Y en ello puso todo su empeño, ensayando mil y una maneras de lanzarla. Pero las caras y las cruces nunca rompían su amistoso pacto de gananciales: cara, cruz, cara, cruz, cara, cruz...

Como Ernesto, nosotros también llevamos encima una moneda y también nos pasamos la vida tirándola al aire: cada cosa que hacemos, cada decisión que tomamos, es esa moneda que sale volando en busca de una respuesta. Unas veces sale cara y otras sale cruz. Unas veces nos equivocamos y otras acertamos. Unas veces se gana y otras se pierde. Unas veces tenemos éxito y otras fracasamos.

Pero ¿y si tu moneda tuviera dos caras y cuando la lanzaras al aire, nunca saliera cruz?

¿Te imaginas una vida llena de caras, de victorias, de éxitos?
¿Te imaginas una vida sin cruces, sin derrotas ni fracasos?

PRIMERA PARTE

LAS REGLAS DEL JUEGO



Empecemos por el principio... | 01 de Arquímedes

Cuando el rey Hierón de Siracusa, hace casi dos milenios y medio, le encargó al matemático Arquímedes que averiguara si la corona que había encargado fabricar a cierto orfebre contenía todo el oro que le había entregado a tal efecto, se estaba gestando una de las serendipias [hallazgos accidentales] más famosas de todos los tiempos.

La historia es sobradamente conocida. Arquímedes se encontraba en las termas públicas cuando se dio cuenta de que, al meterse en la tina, el nivel del agua subía y comprendió que de esa forma podría encontrar la respuesta a la pregunta que el rey le había planteado. La corona, al ser sumergida en la bañera, desplazaría una cantidad de agua igual a su propio volumen. Al dividir la masa de la corona por el volumen de agua desplazada se podría obtener la densidad de la corona, que sería menor si se hubieran añadido metales menos preciosos que el oro. Entonces, Arquímedes salió corriendo a la calle gritando: «¡Eureka!, ¡Eureka!» [¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado!].

Zambullido en una bañera pública, Arquímedes había descubierto el principio que hoy lleva su nombre y así resolvió el problema que el rey Hierón le había planteado. Sin embargo, ese no fue su único hallazgo. Al descubrir que todo cuerpo sumergido total o parcialmente en un líquido en reposo recibe un empuje vertical de abajo hacia arriba igual al peso del volumen del líquido que desaloja, Arquímedes hizo al mismo tiempo otros dos descubrimientos, tan relevantes o más que aquel por el que será siempre conocido: Descubrió cómo se descubren las cosas y la fórmula del fracaso.

1. Cómo se descubren las cosas

No sabemos si el hallazgo de Arquímedes fue la primera gran serendipia de la Historia, pero de lo que no hay duda es de que si alguien merece ese premio es él, lo reciba en nombre propio o en nombre de toda una civilización dedicada a descubrir (alguien dijo que «Lo malo de los griegos es que ya lo inventaron todo»). Por tanto, podemos atribuirle al gran matemático griego la paternidad del descubrimiento del que ahora hablamos: el descubrimiento de cómo se descubren las cosas.

Al encontrar lo que perseguía donde nunca hubiera imaginado, al llegar a su destino recorriendo un camino que parecía conducir a otro lugar, Arquímedes descubrió que cada cosa que hacemos deja siempre algo al descubierto y que debemos estar alerta porque los caminos que nos conducen a nuestro destino no están trazados.

2. La fórmula del fracaso

Con todo, el mayor descubrimiento que hizo Arquímedes no fue el de cómo se descubren las cosas, ni siquiera, a mi entender, el del principio que hoy lleva su nombre. El principal hallazgo que hizo, el hallazgo por el que debería ser conocido por los siglos de los siglos, fue dar con la *fórmula del fracaso*: Arquímedes constató que, cuando algo se hunde, sale disparado hacia arriba de forma inmediata y que, cuanto más se hunde, más disparado sale y más arriba llega.

**Arquímedes demostró científicamente
que los fracasos nos impulsan.**

Serendipias: |02 los hallazgos accidentales

Como veíamos en el caso de Arquímedes, podemos realizar hallazgos por accidente, descubrimientos inesperados, mayores de lo previsto o diferentes de lo que sería de esperar. Estos hallazgos son relativamente frecuentes en el ámbito científico. Einstein reconoce esta cualidad en algunos de sus hallazgos. También existen casos de serendipias en obras literarias, cuando un autor escribe sobre algo que ha imaginado y que no se conoce en su época y posteriormente se demuestra que existe tal como él lo definió.

Hay innumerables ejemplos de serendipias famosas: América se descubrió porque Cristóbal Colón equivocó su camino; Fleming descubrió la penicilina cuando, analizando un cultivo de bacterias, una placa se contaminó con un hongo y se dio cuenta de que alrededor de ese hongo no crecían las bacterias; el yogur, según cuenta la tradición, lo descubrieron unos mercaderes del este de Europa que trasladaban leche de un poblado a otro y vieron cómo, por efecto del sol, había fermentado; los *post-it*. Surgieron porque al operario que trabajaba en la elaboración de una partida de pegamento se le olvidó añadir cierto componente, lo que hizo que la partida en cuestión careciera del poder adhesivo habitual, pero en cambio resultó una solución perfecta para un devoto ingeniero de esa fábrica, que acostumbraba a meter papelitos en su Biblia para marcar las oraciones cuando iba a la iglesia y estaba harto de que los papelitos se cayeran.

Las serendipias se supone que no son algo habitual, pero yo diría que son mucho más frecuentes de lo que pensamos. En mi opinión, cada fracaso que sufrimos, al mostrarnos un camino que no conduce a donde queremos ir pero que tiene

su propio destino, nos pone en la pista de un descubrimiento sorprendente. El problema es que no somos capaces de advertir esos descubrimientos. El problema es que usamos los ojos para ver... La vida.



El factor | 03 suerte

Si un futbolista lanza un penalti y el balón da en uno de los postes de la portería, dirá que no ha tenido suerte. Si el balón pega en un poste, luego en el otro y al final entra en la portería, el futbolista dirá que ha tenido mucha suerte. Y si el resultado es exactamente el que el futbolista concibió en su mente, pensará que la suerte no intervino y que lo que pasó no es más que el resultado lógico de lo que hizo.

Dejemos clara una cosa: en condiciones normales, cada uno de nuestros actos produce un resultado concreto y ese resultado es el único que se podía producir a tenor de lo que hicimos y del preciso momento en que lo hicimos.

Lo que queremos que suceda depende directamente de nosotros, pero casi siempre carecemos de la experiencia suficiente para generar el resultado que buscamos: hay demasiadas variables que considerar, demasiadas preguntas que responder, demasiadas decisiones que no estamos seguros de que sean las correctas. El resultado de lo que hacemos es un resultado eminentemente matemático, un resultado calculable, pero hay demasiadas incógnitas y generalmente no nos queda más remedio que despejarlas por las buenas.

A mi hijo le encantan los puzzles. Muchas veces se le pierde alguna pieza y no puede completar la imagen. Si son solo dos o tres las piezas que le faltan y no son importantes, la imagen se reconoce perfectamente. Pero si al puzzle le faltan 30 piezas o las dos o tres que le faltan son relevantes, el resultado distará mucho de ser el que debiera. Por lo tanto, la clave está en tener todas las piezas o, si faltan algunas, que sean pocas y desde luego que no sean importantes.

Así pues, el que resolvamos la ecuación de la vida depende únicamente de que pongamos los medios necesarios, de que hagamos todo cuanto demanda el resultado que buscamos.

Y si eso es así, si lo que acontece no es más que la consecuencia de lo que hacemos tal y como lo hacemos, podríamos concluir dos cosas:

- a) **El final de la historia siempre se escribe antes.**
- b) **Si fuéramos capaces de reproducir fielmente nuestros actos obtendríamos siempre el mismo resultado.**

Antes hemos visto que si lanzamos una moneda al aire de manera mecánica, siempre con la misma fuerza y siempre desde la misma posición inicial, el resultado es siempre el mismo. Y lo es porque la máquina reproduce exactamente en cada lanzamiento todos los factores que pueden influir en el resultado. Cada una de las acciones de la máquina es idéntica a la anterior.

El problema es que nosotros no somos máquinas. Si lanzamos una moneda al aire varias veces, aún cuando pretendamos repetir las condiciones, los factores que van a influir en el resultado no serán nunca exactamente idénticos porque nuestras características físicas y emocionales varían de un momento a otro, aunque sea muy levemente.

Un jugador de baloncesto puede encestar 100 tiros libres consecutivos, puede entrenar ese acto hasta hacerlo automático, pero tarde o temprano terminará fallando. Por consiguiente, cada vez que encesta tiene suerte porque podía haber fallado.

La máquina que lanza la moneda al aire no deja lugar al azar porque todos los elementos que intervienen en el lance permanecen siempre inmutables. Siendo así, el resultado también será inmutable. Pero, si en lugar de una máquina, hablamos de un jugador de baloncesto tratando de anotar un tiro libre tras

otro, los detalles que intervienen en cada lanzamiento no son siempre los mismos y por tanto hay un factor del que el jugador no es consciente y que no sabe hasta que punto puede influir en el resultado. Ese factor es la suerte.

Entre lo que queremos que ocurra y lo que ocurre en realidad se interpone irremediamente un *obstáculo*: nuestros actos. De nosotros y de nada más depende que nuestros propósitos se conviertan en realidades. La suerte como algo ajeno e inaprensible no existe. La suerte es obra nuestra.

**Las cosas no salen conforme a nuestra voluntad,
sino conforme a nuestra capacidad para
traducir a la práctica esa voluntad.**

Y eso significa que un resultado no es bueno o malo, sino que lo que es bueno o malo es el acto que llevamos a cabo para traducir a la práctica nuestra voluntad.

Por lo tanto, la clave está en aprender a traducir lo que queremos al idioma de los hechos y eso solo se consigue de una manera: ensayando (algunos prefieren hablar de *tentar a la suerte*).

Y, ¿qué es la suerte?

En primer lugar, la suerte es un eufemismo, una palabra que usamos para no tener que usar otra que nos desagrada.

Decimos que hemos tenido suerte o que hemos tenido buena suerte para expresar que hemos hecho algo que ha salido bien, como esperábamos o incluso mejor de lo esperado. Hemos actuado de cierta manera y el resultado ha sido positivo. Hemos tenido éxito. En otras palabras, tener suerte, tener buena suerte, no es otra cosa que acertar.

Decimos que hemos tenido mala suerte o que no hemos tenido suerte para expresar que hemos hecho algo que ha salido mal, que no ha salido como esperábamos. Hemos actuado de

cierta manera y el resultado ha sido negativo, hemos sufrido un fracaso. Así que tener mala suerte o no tener suerte es otra manera de decir que hemos cometido un error.

Como hemos apuntado antes, lo que hacemos es siempre la explicación de lo que sucede. Mejor dicho: lo que hacemos es, exactamente, lo que sucede. Y como parte integrante de todo eso que conforma nuestra actuación está la suerte.

La suerte existe y es ubicua, está en todas partes, interviene siempre en lo que hacemos y por tanto siempre tiene parte de culpa en lo que sucede.

Y es que siempre hay alguna posibilidad, por pequeña que sea, de que el resultado sea otro, o, lo que es lo mismo: nunca se puede conseguir un mismo resultado una y otra vez.

La suerte es lo que explica lo que nosotros no sabemos explicar pero que no tiene más explicación que nuestros actos.

La suerte es lo que ignoramos que sabemos o que no sabemos, la experiencia que desconocemos tener o la inexperiencia de la que no somos conscientes.

Del que tiene suerte se dice que *se le apareció la Virgen o le vino Dios a ver...* La única explicación que se nos ocurre para justificar un caso de suerte está siempre muy lejos de nosotros. En muchos casos, llamamos suerte a la manera en que se consigue todo aquello que no sabemos cómo se ha conseguido. Pero la realidad es bien sencilla: todo tiene su causa en un acto concreto. Y la intervención divina no tiene nada que ver aquí.

Somos nosotros con nuestros actos quienes obramos el milagro. La suerte existe, pero no es ajena a nosotros, es una capacidad humana, la capacidad de estar en el lugar adecuado, la capacidad de ser oportuno, la capacidad de intuir

las cosas... La suerte sería lo que la gente cree que es si las cosas surgieran de la nada.

**La gente cree en la suerte, pero la suerte no es materia susceptible de creencia. La suerte salta a la vista.
No hay que creer en ella, sino contar con ella.**

Algunos piensan que la suerte no existe, que todo depende de nosotros. También se equivocan. Porque no se puede prever todo, no se puede controlar todo, no se pueden tener en cuenta todas las variables, todos los detalles, todas las circunstancias que influyen en las cosas. Eso que parece quedarse en el aire es cuestión de suerte.

Insisto en que la suerte siempre existe. Si las cosas nos han salido como deseábamos es porque hicimos lo que debíamos hacer, porque no cometimos errores, porque teníamos la experiencia suficiente para conseguir el resultado que buscábamos. Pero las cosas no nos hubieran salido bien sin la suerte, es decir, sin el conocimiento que ignorábamos tener.

Las cosas nos han salido bien porque teníamos más experiencia, más conocimientos de los que en principio imaginábamos que teníamos. Eso es la suerte. Hemos tenido suerte porque las cosas nos salieron bien y las cosas nos han salido bien porque sabíamos más de lo que pensábamos que sabíamos, porque lo que ignorábamos en realidad no lo ignorábamos, porque sabíamos todo lo que necesitábamos saber para que las cosas nos salieran bien. Hemos tenido suerte porque nuestra inexperiencia era falsa, porque nuestros conocimientos al final se han revelado idóneos para conseguir el resultado que buscábamos.

**Lo que no sabemos que sabemos es
como si no lo supiéramos.**

La sabiduría desconocida (creer que no sabemos algo, cuando en realidad lo sabemos) es ignorancia pura. Por tanto, si

no sabes hacer algo pero sale bien es que has tenido buena suerte —o suerte a secas—.

**Lo que no sabemos que ignoramos
es como si lo supiéramos.**

La ignorancia desconocida (creer que sabemos algo cuando en realidad no lo sabemos) es pura sabiduría. Por tanto, si sabes hacer algo pero sale mal es que has tenido mala suerte —o simplemente no has tenido suerte—. Luego:

- a) Cuando cometemos un error que no formaba parte de nuestra inexperiencia conocida decimos que no hemos tenido suerte o que hemos tenido mala suerte, pero la explicación es mucho más lógica: hemos fracasado porque hemos cometido un error y hemos cometido un error por falta de experiencia.
- b) Cuando incurrimos en un acierto que no formaba parte de nuestra experiencia conocida decimos que hemos tenido suerte o que hemos tenido buena suerte, pero la explicación es simple: hemos tenido éxito porque hemos hecho las cosas acertadamente y hemos hecho las cosas acertadamente porque teníamos la experiencia suficiente.

La suerte existe. Siempre. Quienes dicen que no existe se basan en que es algo casual y argumentan que la casualidad es la falta absoluta de causalidad. Para quienes niegan la existencia de la suerte solo existe la causalidad —argumento correcto— pero consideran la suerte como algo carente de causa y por eso niegan su existencia.

Ante todo, la suerte no tiene nada que ver con lo casual. La suerte es pura causalidad y se hace realidad a través de nuestros actos. Negar la existencia de la suerte sería negar la existencia de nuestros actos, negar la relación de causalidad en sí misma.

Aún admitiendo que la suerte se identificara con lo casual, no podemos negar la existencia de la casualidad —y por tanto la de la suerte— en base a que queda fuera de la causalidad. Casualidad y causalidad no son antónimos, es una equivocación contraponerlos y negar a la postre la existencia de lo casual.

Con el diccionario de la RAE en la mano, la suerte es, efectivamente, una circunstancia vinculada a la casualidad. La pregunta entonces es: ¿Qué es la casualidad? La RAE dice que es la «combinación de circunstancias que no pueden preverse ni evitarse». En otras palabras, lo que nos sucede por casualidad se debe a un suceso imprevisible o inevitable, a un suceso que escapa a nuestra influencia. Por lo tanto, la casualidad es la causalidad a la que somos ajenos.

Nada escapa a la causalidad, ni siquiera la casualidad. La única diferencia entre los sucesos que causamos con nuestros actos y los causados por circunstancias que escapan a nuestro control es que en éstos no tenemos presencia activa, sino solamente pasiva, es decir, que nos beneficiamos o nos vemos perjudicados por su desenlace.

La suerte existe siempre, no solo cuando las cosas suceden por casualidad —es decir, cuando lo que ocurre tiene una causa que no son nuestros actos—. La suerte está presente en todo lo que hacemos porque jamás tenemos certeza absoluta de lo que sabemos o de lo que ignoramos. Es más, el solo hecho de que nuestros actos no se vean interferidos por alguna circunstancia imprevisible o inevitable ya implica que hemos tenido suerte. La suerte empieza por la ausencia de casualidad en lo que hacemos.

La suerte cumple una inestimable función terapéutica. Cuando tenemos éxito, por lo general pensamos que la suerte no ha intervenido, que la causa de ese éxito hemos sido nosotros, nuestro buen hacer. Sin embargo, cuando fracasamos pensamos que nosotros no hemos tenido nada que ver y nos inventamos un cabeza de turco, un fantasma al que lla-

mamos suerte —o mala suerte— y al que no le importa cargar con las culpas.

Pero la suerte no es algo ajeno a nosotros, sino que la llevamos permanentemente encima. La suerte, la experiencia o inexperiencia que ignoramos tener, el conocimiento o desconocimiento del que no somos conscientes, es algo vivo, cambiante. Cuanta más experiencia tengamos, menor será nuestra ignorancia de lo que sabemos o no sabemos, es decir, menos espacio quedará para la suerte.

Ese debería ser nuestro objetivo en cuanto a la suerte: reducirla a la mínima expresión.

